

# EL AURRESKU



Era el tercer día de la romería de Albóniga.

Esto equivale á decir, que la gente moza llevaba tres días de bailar sin tregua ni descanso.

En la plaza, por la mañana, descansando de los bailables de la música en los corros de los ciegos; por la tarde en la campa, á la que es preciso trepar por larga y empinada senda, cuya dificultad y aspereza dan idea de lo que deben ser los caminos del cielo, y sin más entreacto que una hora para cenar y otra para ver los fuegos artificiales (por supuesto, con música y baile en los intermedios), en la plaza otra vez hasta media noche.

Baile gimnástico y rudo que congestiona los semblantes sudorosos con el cansancio del esfuerzo; no con el deseo sensual.

Como descanso obligatorio (que ninguno lo aceptará de propia voluntad), en la mañana del tercer día se organizó un *aurresku*.

Formaron corro á duras penas los alguaciles, tales eran las oladas de gentío y tal el afán de chicos y grandes por contemplar los alardes de agilidad del *aurrekulari*.

Presidía el alcalde, único sentado, entre el pueblo entero en pie.

Docena y media de mocetones, de blanco con taja y boina rojas, recorrieron con lento paso, asidos de las manos el espacioso círculo, siguiendo á su jefe, que abría la marcha bailando al son del tamboril.

Al llegar á la presidencia hicieron alto y se quitaron las boinas; cambió el tamboril el aire de marcha por otro más agitado y el bailaror hizo delante del alcalde, á guisa de acatamiento, buena porción de zapatetas y reverencias; obligada muestra del heredero respecto al principio de autoridad que tan mal parado queda en las plazas de toros.

Aplaudió el concurso al *aurrekulari* y siguieron la vuelta.

Del séquito del jefe se destacaron dos embajadores que volvieron á poco acompañando, descubiertos y respetuosos, á una garrida joven elegida por él como pareja en el baile, acaso para compañera de su vida.

Iba la gentil doncella entre dos mocetones, ni tímida ni alterada, á recibir el más público y rendido homenaje que en las costumbres de ningún pueblo se registra, con sencilla majestad.

¡Hélos frente á frente!

El tambor rompe en redoble que imita un murmullo de asombro, y el chistu en trinos de gozosa admiración ante tanta hermosura y gentileza.

Descúbrese el cortejo. El ritmo lento y ceremonioso del tamboril se trueca en animado y vivo, como si marcase ahora el compás, latiendo presuroso el corazón del enamorado.

Deshácese en gorjeos de ruiñeñor el chistu y en sueltas cabriolas el *aurrekulari* brioso y descoyuntado, ora saltando en trenzada pirueta hasta descomunal altura, en prueba de su robusto vigor, ora hincando humilde ambas rodillas, en adoración devota ante la hermosa, todo sin pauta ni medida, con prodigioso derroche de fuerza y agilidad.

Y aplaude entusiasmado el pueblo entero, y aclama á entrambos su corte en animado grupo, mientras él se inclina, en último homenaje, á recoger la boina que arrojó á los piés de la bella, ofreciéndole corona de reina y señora en el hogar que de ella sola recibirá encanto y alegría.

Única seria y grave entre el alborozado concurso, la jóven, aclamada por el pueblo entero, recibe con dignidad modesta la simpática ovación.

Todas las razas celebran y cantan la hermosura que es la gracia y la fuerza, inteligencia y salud; pero ni los malhadados concursos de belleza que congregan á inmodestas beldades ante un jurado que intenta analizar lo que resiste al análisis como sentimiento que es, hondo y puro, ni los certámenes literarios en los cuales la mujer es reina, aplaudida por manos enguantadas y cantada en sonoras rimas, ni los saraos espléndidos en que las triunfadoras de la elegancia ven, al caminar con majestad de diosas, abrirse ante su paso, entre murmullos de admiración, las muchedumbres, nada iguala á mis ojos á ese senci-

llo homenaje de la fuerza y destreza del hombre ante la mujer que ama, casta y robusta, entre los aplausos de un pueblo que declara á entrambos dignos de perpetuar su raza.

El *aurreku* es, casi siempre, silenciosa declaración de amor del euskaro «corto en palabras», y si un poeta basco tradujese algún día en nobles versos la íntima expresión de esa ceremonia santificada por tantos siglos, haría exclamar al coro, testigo y actor de la apoteosis de la doncella elegida por su jefe.

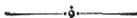
—Salve ¡oh Virgen hermosa y pura! tú eres digna de reinar en su hogar! ¡de ser, por virtuosa y bella, hija de su madre y madre de sus hijos!...

JUAN ARZADUN.

Bermeo, 1901.

---

## SECCIÓN AMENA



# BI ARRANTZALE



—¿Aizak Erramun, erriyan bertan  
sagardo onik bai aldá?

chit aspertua niok pasatzez  
Isturiñ chikiko malda.

—Bai motell; lasto kolorekua  
bazirudik urre salda,  
arrek itzaltzen zekik ederki  
barrenian dagon galda,  
makillik gabe pašano asko  
egiñ oidik balda-balda.

—Beaz diyokan beziñ sagardo  
ederretakua bada  
bisigarri bat biyak eraman  
beardiagu albada.

JOSÉ ARTOLA.

